

**Jacques Lacan**

**Seminario 6  
1958-1959**

**EL DESEO Y SU INTERPRETACIÓN**

**(Versión Crítica)**

**20**

**Miércoles 13 de MAYO de 1959<sup>1</sup>**

---

<sup>1</sup> Para los criterios que rigieron la confección de la presente *Versión Crítica*, consultar nuestro **Prefacio**: «Sobre una *Versión Crítica* del Seminario 6 de Jacques Lacan, *Le désir et son interprétation*, y nuestra traducción». Para las abreviaturas que remiten a los diferentes textos-fuente de esta *Versión Crítica*, véase, al final de esta clase, nuestra nota sobre las **FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 20ª SESIÓN DEL SEMINARIO**.

Hablamos del *deseo*. Durante esta interrupción de una quincena de días, he tratado yo mismo de volver a centrar este camino que es el nuestro este año y que nos obliga, como todo camino, a veces a largos rodeos.

En mi esfuerzo de volver a captar el origen, al mismo tiempo que la mira de nuestro discurso, creo haber tratado de rehacer también para ustedes esta puesta a punto que también no es más que una manera más de concentrarse en el progreso de nuestra atención.

Se trata en suma, en el punto al que hemos llegado, de tratar de articular dónde está nuestro punto de encuentro. No es solamente el punto de encuentro de este seminario, ni tampoco el punto de encuentro de nuestro trabajo cotidiano de analistas, es también el punto de encuentro de nuestra función de analista y del sentido del análisis.

Uno no puede más que quedar sorprendido por la persistencia de un movimiento tal como el análisis, si fuera solamente, entre otros en la historia, una empresa terapéutica más o menos fundada, más o menos exitosa. No hay ejemplo de ninguna teorización, de una ortopedia psíquica cualquiera, que haya tenido una carrera más larga que un medio siglo. Y seguramente uno no puede dejar de sentir que lo que produce la duración del análisis, lo que le da su lugar más allá de su función, de su utilización médica — que a nadie al fin de cuentas se le ocurre discutir — es que hay en el análisis algo que concierne al hombre de manera totalmente novedosa, seria, auténtica. Nueva en su aporte, seria en su alcance, autenticada ¿por qué? Seguramente por otra cosa que unos resultados a menudo discutibles, a veces precarios.

Creo que lo que es más característico en el fenómeno, es ese sentimiento que se tiene de esa cosa que llamé una vez *la cosa freudiana*,<sup>2</sup> que es una cosa de la que se habla por primera vez. Iré más lejos, hasta decir que lo que es a la vez el testimonio y la manifestación más cierta de esta autenticidad de la que se trata, de la cosa, su testimonio es dado cada día por la formidable verborrea que hay alrededor.

---

<sup>2</sup> Jacques LACAN, «La cosa freudiana, o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis» (1955), en *Escritos I*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2008.

Si ustedes toman en su masa la producción analítica, lo que choca es ese esfuerzo de los autores que al fin de cuentas desliza siempre a tomar, de su propia actividad, un principio, pero este principio, para articularlo de una manera que en todo el curso del análisis no se presente nunca como clausurado, cerrado, cumplido, satisfactorio. Ese perpetuo movimiento, deslizamiento dialéctico, que es el movimiento y la vida de la búsqueda analítica, es algo que testimonia de la especificidad del problema alrededor del cual esta búsqueda está enganchada.

Al lado de esto, todo lo que nuestra búsqueda comporta de torpeza, de confusión, de mal asegurado incluso en sus principios, todo lo que, en su práctica, esto aporta de equívoco — entiendo volver a hallar siempre no solamente ante sí, sino en su práctica misma, lo que es justamente su principio, lo que se quería evitar, a saber la sugestión, la persuasión, la construcción, incluso la mistagogia — todas estas contradicciones en el movimiento analítico no hacen más que acusar mejor la especificidad de *La cosa freudiana*.

Esta cosa, nosotros la consideramos este año por hipótesis — sostenidos por todo el curso concéntrico de nuestra búsqueda precedente — bajo esta forma, a saber, que *esta cosa, es el deseo*. Y al mismo tiempo, en el momento en que articulamos esta fórmula, nos percatamos de una suerte de contradicción por el hecho de que todo nuestro esfuerzo parece ejercerse en el sentido de hacer perder a este deseo su valor, su acento original, [no]<sup>3</sup> sin, sin embargo, que podamos palpar, incluso hacer que la experiencia nos muestre que es precisamente con su acento original que lo abordamos.

El deseo no es algo que podamos considerar como reducido, normalizado, funcionando a través de las exigencias de una suerte de preformación orgánica que nos arrastraría de antemano en la vía y el camino trazado en el cual tendríamos que hacerlo volver a entrar, que reconducirlo. El deseo, desde el origen de la articulación analítica por parte de Freud, se presenta con ese carácter que en el inglés, *Lust* quiere justamente decir “codicia” tanto como “lujuria”, este mismo

---

<sup>3</sup> Los términos entre corchetes son interpolaciones de las transcripciones que llenan blancos explícitos o supuestos en la dactilografía, cuando no reemplazan variantes inverosímiles.

término que está en el *lust principle*. Y ustedes saben que en alemán, guarda toda la ambigüedad del “placer” y del “deseo”.

Algo que se presenta ante todo para la experiencia como turbio, como algo que enturbia la percepción del objeto, algo también que las maldiciones de los poetas y de los moralistas nos muestran como también lo degrada, a este objeto, lo desordena, lo envilece, en todo caso lo quebranta, a veces llega hasta disolverlo aquel mismo que lo percibe, es decir el sujeto.

Este acento está ciertamente articulado con el principio de la posición freudiana en tanto que la puesta en primer plano del *Lust*, tal como está articulado en Freud, nos es presentada de una manera radicalmente diferente de todo lo que ha sido articulado precedentemente en lo que concierne al principio del deseo. Y nos es presentado en Freud como siendo, en su origen y su fuente, opuesto al principio de realidad. En Freud está conservado el acento de la experiencia original del deseo como siendo opuesta, contraria a la construcción de la realidad. El deseo es precisado como marcado, acentuado por el carácter ciego de su búsqueda, como algo que se presenta como el tormento del hombre, y que está efectivamente hecho de una contradicción en la búsqueda de lo que, hasta entonces, para todos los que intentaron articular el sentido de las vías del hombre en su búsqueda, de todo lo que, hasta entonces, ha sido siempre articulado al principio como siendo la búsqueda de su bien por el hombre.

El principio del placer, a través de todo el pensamiento filosófico y moralista, a través de los siglos, nunca partió, en toda definición original por la cual toda teoría moral del hombre se propone, se ha afirmando siempre — cualquiera que sea — como hedonista. A saber, que el hombre buscaría fundamentalmente su bien, lo supiera o no, y que asimismo no sería más que por una suerte de accidente que se encontraría promovida la experiencia de este error de su deseo, de sus aberraciones.

Es en su principio, y como fundamentalmente contradictorio, que por primera vez en una teoría del hombre, el placer se encuentra articulado con un acento diferente. Y en toda la medida en que el término del placer en su significante, incluso en Freud, está contaminado

por el acento especial con el cual se presenta *the lust*, la *Lust*, la codicia, el deseo.

El deseo por lo tanto no se organiza, no se compone en una suerte de acuerdo preformado con el canto del mundo, como después de todo una idea armónica, optimista del desarrollo humano podría suponerlo. La experiencia analítica nos enseña que las cosas van en un sentido diferente. Como ustedes saben, como nosotros lo hemos aquí enunciado, ella nos muestra algo que es justamente lo que nos va a comprometer en una vía de experiencia que es también, por su desarrollo mismo, algo donde vamos a perder el acento, la afirmación de ese instante primordial.

Esto es, a saber, que la historia del deseo se organiza en un discurso que se desarrolla en lo insensato — esto es el inconsciente — en un discurso cuyos desplazamientos, cuyas condensaciones son sin ninguna duda lo que son desplazamientos y condensaciones en el discurso, es decir metonimias y metáforas. Pero metáforas que no engendran ningún sentido, a diferencia de la metáfora, desplazamientos que no portan ningún ser, y donde el sujeto no reconoce algo que se desplaza. Es alrededor de la exploración de este discurso del inconsciente que la experiencia del análisis se ha desarrollado, es por lo tanto alrededor de algo cuya dimensión radical, podemos denominarla, la diacronía del discurso.

Lo que constituye la esencia de nuestra búsqueda, aquello donde se sitúa lo que tratamos de volver a captar en cuanto a lo que atañe a ese deseo, es nuestro esfuerzo para situarlo en la sincronía. Estamos introducidos en esto por algo que se hace oír cada vez que abordamos nuestra experiencia. No podemos no ver, no captar — sea que leamos el informe, el *text book* de la experiencia más original del análisis, a saber *La interpretación de los sueños* de Freud, o que nos remitamos a una sesión cualquiera, una serie de interpretaciones — el carácter de remisión indefinida que tiene todo ejercicio de interpretación, que no nos presenta nunca el deseo más que bajo una forma articulada, pero que supone al principio algo que necesita este mecanismo de remisión de anhelo en anhelo {*de vœu en vœu*} donde el movimiento del sujeto se inscribe, y también esa distancia en que se encuentra de sus propios anhelos.<sup>4</sup>

---

Es por esto que nos parece que puede legítimamente formularse como una esperanza que la referencia a la estructura, referencia lingüística como tal, en tanto que nos recuerda que no podría haber formación simbólica si al lado, y principalmente, primordialmente a todo ejercicio de la palabra que se llama discurso, no hay necesariamente un sincronismo, una estructura del lenguaje como sistema sincrónico. Es ahí que buscamos localizar cuál es la función del deseo.

¿Dónde se sitúa el deseo en esta relación que hace que algo, [esa] *x* de aquí en más que llamamos el hombre en la medida en que es el sujeto del Logos, dónde se constituye en el significante como sujeto? ¿Dónde se sitúa, en esa relación como sincrónica, el deseo? Lo que, pienso, les hará sentir la necesidad primordial de esta retoma, es algo donde vemos comprometerse la búsqueda analítica en tanto que desconoce esta organización estructural.

En efecto, en el momento mismo en que yo articulaba antes la función contraria instaurada en el origen, principalmente, por la experiencia freudiana entre el principio del placer y el principio de realidad, ustedes no podían al mismo tiempo darse cuenta de que llegamos con ello justamente al punto donde la teoría trata de articularse justamente en los términos mismos con los que yo decía que podíamos decir que el deseo, ahí, no se compone. Se compone no obstante en el apetito que tienen los autores de pensarlo, de sentirlo de cierta manera, en cierto acuerdo con el canto del mundo.

Todo está hecho para tratar de deducir de una convergencia de la experiencia con una maduración lo que es al menos para anhelar {*souhaiter*} como un desarrollo acabado. Y al mismo tiempo, está bien claro que todo esto querría decir que los autores han abandonado ellos mismos todo contacto con su experiencia, si pudieran efectivamente articular la teoría analítica en estos términos, es decir encontrar lo que sea de satisfactorio, de clásico, en la adaptación ontológica del sujeto a su experiencia.

La paradoja es la siguiente, es que cuanto más se va en el sentido de esta exigencia a la cual se va por todo tipo de errores — hay que decirlo, de errores reveladores, reveladores justamente de que habría

---

<sup>4</sup> *vœu* — “voto” o “anhelo”, que Lacan distingue del *désir*, el “deseo”.

que tratar de articular las cosas de otro modo — más se va en el sentido de esta experiencia, más se llega a paradojas como la siguiente. Tomo un ejemplo y lo tomo en uno de los mejores autores que haya, en uno de los más cuidadosos precisamente de una articulación justa, no solamente de nuestra experiencia sino también de la suma de sus datos, en un esfuerzo también por reseñar nuestros términos, las nociones de las que nos servimos, los conceptos, he nombrado a Edward Glover, cuya obra es seguramente una de las más útiles para quien quiera tratar — ante todo en el análisis, esto es absolutamente indispensable, más que en otra parte — de saber lo que ha hecho, y también cuya suma de experiencias que incluye en sus escritos... Tomo un ejemplo de uno de sus numerosos artículos que es preciso que ustedes lean, el que apareció en el *International Journal of Psycho-analysis*, de octubre de 1933, parte 4, «De la relación de la formación perversa con el desarrollo del sentido de la realidad».<sup>5</sup>

Muchas cosas son importantes para discutir en este artículo, aunque no sean más que los términos de partida que nos da con el designio de manejar correctamente lo que se trata para él de mostrarnos, especialmente:

- 1. La definición del “Sentido de la realidad como siendo esa facultad por la cual inferimos la existencia en el examen de la prueba de realidad”. Hay gran interés en que las cosas sean formuladas alguna vez.

- 2. La segunda cosa es lo que él llama “La prueba eficiente de la realidad, [para todo sujeto que ha pasado la edad de la pubertad, es] la capacidad de conservar el contacto psíquico con los objetos que permiten la gratificación del instinto, incluyendo también [aquí las pulsiones infantiles modificadas residuales]”.

- 3. En tercer lugar “La objetividad es la capacidad de asentar correctamente la relación de la pulsión instintual con el objeto instintual, cualesquiera que sean los fines de esta impulsión, a saber, que puedan ser o no gratificados”.

---

<sup>5</sup> Edward GLOVER, «The relation of perversion-formation to the development of reality-sense», I.J.P. 1933, vol. XIV, pp. 486-503. Traducción francesa en *Ornicar?* n° 42, pp. 17-37.

He ahí unos datos de principio que son muy importantes y que, seguramente, no pueden dejar de sorprenderlos como dando al término de objetividad en todo caso un carácter que ya no es el que le es habitualmente otorgado.

Su naturaleza va a darnos la idea de que en efecto algo no está perdido de la dimensión original de la búsqueda freudiana, puesto que algo puede ser trastornado de lo que, justamente hasta entonces, nos parecía que eran las categorías y los órdenes necesitados por nuestra visión del mundo. Tanto más, no se puede más que estar conmovido por lo que comporta nuestra [investigación] con tal punto de partida. Comporta en este caso una búsqueda de lo que significa la relación perversa, estando ésta entendida en el sentido más amplio, por relación al sentido de la realidad. Se los digo, el espíritu del artículo comporta que la formación perversa es concebida por el autor como siendo al fin de cuentas un medio para el sujeto de reparar las desgarraduras, las cosas que hacen “flop”, las cosas que no se dicen para él en una realidad coherente.

La perversión está muy precisamente articulada por el autor como “el medio de salud para el sujeto de asegurar a esta realidad una [textura / existencia] continua”. Seguramente todavía tienen aquí un punto de vista original. Les paso esto: es que resulta de esta forma de articulación una suerte de omnipresencia de la función perversa. Pues también, haciendo la prueba de volver a trazar, si se puede decir, sus inserciones cronológicas, quiero decir por ejemplo dónde conviene situarla en un sistema de anterioridad y de posterioridad donde veríamos escalonarse como más primitivos los desórdenes psicóticos, a continuación los desórdenes neuróticos y, en el medio, el papel que juega en el sistema de Glover la toxicomanía, en tanto que él hace de ella algo que responde a una etapa intermedia, cronológicamente hablando, entre los puntos de agarre, los puntos fecundos históricamente, los puntos en el desarrollo donde remonta el origen de estas diversas afecciones.

No podemos entrar aquí en un detalle de la crítica de este punto de vista que no deja de ser criticable, como cada vez que se ensaya una pura y simple localización genética de las afecciones analizables.

Pero de todo esto yo quiero destacar un párrafo que les muestre a qué punto de paradoja uno se ve llevado por toda tentativa que, de alguna manera, parta de un principio de reducir la función con la que nos las vemos en el nivel del deseo, en el nivel del principio del deseo, a algo como a una etapa preliminar, preparatoria, no todavía informada, de la adaptación a la realidad, a una primera forma de la relación con la realidad como tal. Pues es partiendo de este principio de clasificar la formación perversa por relación al sentido de la realidad que Glover, aquí como en otra parte, desarrolla su pensamiento.

Lo que esto comporta, se los indicaré simplemente por medio de esto, que ustedes reconocerán por otra parte en mil otros [relatos], que aquí toma su interés por presentarse bajo una forma de alguna manera figurada, literaria, paradójica y verdaderamente expresiva. Ustedes reconocerán allí algo que no es otra cosa que, verdaderamente, el período que se puede llamar kleiniano del pensamiento de Glover. Igualmente, este período no es tanto un período de la lucha que él creyó que debía llevar sobre el plano teórico con Melanie Klein, sobre muchos puntos se puede decir que tal pensamiento tiene muchos puntos comunes con el del sistema kleiniano. Se trata del período que, dice él, se presenta en el momento en que la fase llamada paranoide del sujeto se encuentra desembocando en ese “sistema de realidad” que él llama “oral-anal”, y que sería aquel en el que el niño se encontraría viviendo en esa época. El lo caracteriza como “un mundo exterior que representaría la combinación de una carnicería, de un *public lavatory* (dicho de otro modo, de un urinario o algo incluso más elaborado) bajo un bombardeo, y de una *postmortem room*, de una morgue”.<sup>6</sup>

Explica que la salida particular que da lo que es el pivote y el punto central de su intención en ese momento, transforma este mundo, como ustedes lo ven en efecto, más bien trastornado, catastrófico, “en una tranquilizadora y fascinante farmacia en la cual sin embargo hay esta reserva, que el armario en el que se encuentran los venenos tiene la llave encima”.

Esto, que es muy lindo y muy pintoresco, es de una naturaleza que sugiere que hay de todos modos alguna dificultad para concebir que efectivamente el abordaje de la realidad es algo que debemos ver

---

<sup>6</sup> *Op. cit.*, p. 492 (trad. Fr. P. 23).

en un vivido tan profundo, tan inmerso, tan implícito, que lo suponemos como debiendo ser para el hombrecito el de una carnicería, de un baño público bajo un bombardeo, y de un frigorífico.

Hay ahí seguramente algo, de lo que no es una razón, porque esto se presente bajo un aspecto ante todo chocante, para que rechacemos su principio, pero que puede al mismo tiempo hacernos legítimamente emitir alguna duda sobre la exactitud de esta formulación, que de una manera cierta, manifiesta, no podría recortar una forma regular del desarrollo del hombrecito, que se consideraría como caracterizado por los modos de adaptación del sujeto a la realidad.

Necesariamente, tal formulación [implica] por lo menos la articulación de una doble realidad: de aquella en la cual podría inscribirse la experiencia behaviorista y de otra, la [realidad] en la cual estaremos obligados, reducidos a supervisar las erupciones en el comportamiento del sujeto, es decir, efectivamente, para restaurar desde el origen algo que implica la autonomía, la originalidad de otra dimensión que no es la realidad primitiva, sino que es desde el vamos un más allá de lo vivido del sujeto.

Quizá voy a tener que excusarme por insistir por tanto tiempo sobre una contradicción que, después de todo, una vez que es articulada, se vuelve tan evidente — pero no podemos tampoco no darnos cuenta de lo que comporta el hecho de que en ciertas formulaciones ella esté enmascarada. En efecto, desembocamos en algo que comporta respecto del término de realidad un grave equívoco.

Si la realidad es considerada como teniendo para nosotros lo que sea que permite acordarla con un desarrollo paralelo al de los instintos — y ésta es precisamente la verdad más comúnmente aceptada — desembocamos en extrañas paradojas que no dejan de tener resonancias en la práctica.

Si el deseo está ahí, es justamente necesario hablarlo bajo su forma original, y no bajo su forma enmascarada, a saber el instinto, de aquello de lo que se trata en la evolución de aquello con lo que nos las vemos en nuestra experiencia analítica.

Si el deseo se inscribe en un orden homogéneo, en tanto que es enteramente articulable y asumible en términos de realidad, si es del mismo orden de la realidad, entonces en efecto, se concibe esa paradoja implicada en algunas formulaciones que se sostienen de la experiencia analítica más cotidiana. Es que el deseo así situado comporta que sea su maduración lo que permite al mundo acabarse en su objetividad. Esto más o menos forma parte del credo de cierto análisis.

Yo quiero simplemente aquí plantear la cuestión de lo que esto quiere decir concretamente. ¿Qué es un mundo para nosotros, vivientes? Qué es la realidad en el sentido en que, por ejemplo, el psicoanálisis hartmanniano, el que da toda la parte que merecen a los elementos estructurantes que comporta la organización del yo {*moi*}, en tanto que el yo está adaptado para desplazarse de una manera eficaz en la realidad constituida, en un mundo que es más o menos idéntico por el momento a un campo por lo menos importante de nuestro universo. Esto quiere decir que la forma más típica de este mundo, la más acabada — quisiera yo también permitirme dar algunas imágenes que les hagan sentir de qué hablamos — la realidad adulta, la identificaremos, para fijar las ideas, ¡a un mundo de abogados americanos!

El mundo de abogados americanos me parece actualmente el mundo más elaborado, lo más extremo que se pueda definir en lo concerniente a la relación con lo que, en cierto sentido, es preciso oírse llamar la realidad: a saber, que nada falta allí de un abanico que parte de cierta relación fundamental de violencia esencial, marcada, siempre presente para que la realidad sea ahí algo que podamos decir que no está en ninguna parte elidida, y que se extiende hasta esos refinamientos de procedimiento que permiten, en este mundo, insertar todo tipo de paradojas, de novedades que están esencialmente definidas por una relación con la ley, estando esencialmente constituida la relación con la ley por los rodeos necesarios para obtener su violación más perfecta.

He ahí el mundo de la realidad. ¿Qué relación hay entre ese mundo y lo que se puede llamar un deseo maduro, un deseo maduro en el sentido en que lo entendemos, a saber maduración genital? ¿Qué es esto? La cuestión seguramente puede ser zanjada de muchas maneras, de las que una es la de la experiencia, a saber el comportamiento sexual del abogado americano.

Nada parece, hasta hoy, confirmar que hay una relación, una correlación exacta entre el acabamiento perfecto de un mundo tan bien sostenido en el orden de todas las actividades, y una perfecta armonía en las relaciones con el otro — en tanto que éstas comportan un éxito en el plano de lo que se llama el acuerdo del amor. Nada lo prueba, y casi nadie soñará siquiera con sostenerlo — esto también no es, después de todo, más que una manera global, ilustrativa, de mostrar dónde se plantea la cuestión.

La cuestión se plantea en cuanto que una confusión es mantenida en este nivel a propósito del término “objeto”, entre la realidad, en el sentido en que acabamos de articularla, donde éste se situaría, y la relación del *sujeto* con el *objeto*, en tanto que implica conocimiento, de una manera latente. En la idea de que la maduración del deseo es algo que comporta al mismo tiempo una maduración del objeto, se trata de un objeto muy diferente que el que podemos efectivamente situar ahí [donde] un punto de referencia objetivo nos permite caracterizar las relaciones de realidad.

Este objeto del que se trata nosotros lo conocemos desde hace mucho tiempo. Aunque esté ahí completamente enmascarado, velado, es ese objeto que se llama el *objeto del conocimiento*, el objeto que es el fin, la mira, el término de una larga búsqueda en el curso de los tiempos, de la que está ahí, detrás de los frutos que ha obtenido al término de lo que llamamos la ciencia, pero que durante mucho tiempo debió atravesar las vías de un arraigo, de cierta relación del sujeto con el mundo. Arraigo, yo lo entiendo en el plano filosófico, de algo de lo que no podemos negar que sea sobre su terreno que la ciencia haya podido tomar en un momento su punto de partida, originalmente. Y es justamente lo que, ahora, la distingue — como un niño que adquiere su independencia, pero que durante mucho tiempo se alimentaba de ella — de esa relación de meditación de la que nos quedan algunas huellas bajo el nombre de “teoría del conocimiento”, y que, en este orden, se aproximó tanto como se puede a ese término, a ese pensamiento de una relación del objeto con el sujeto por la cual “conocer” comporta una profunda identificación, la relación con una con-naturalidad por la cual toda aprehensión del objeto manifiesta algo de una armonía principal.

Pero esto, no lo olvidemos, no es más que el hecho de una experiencia especializada, históricamente definible en varias ramas. Pero no nos contentaremos con trasladar el espíritu, articulándolo, sobre esa rama que es la nuestra, que es aquel de la filosofía griega. Ese esfuerzo de aserción, de delimitación de algo que se llama *objeto*, comporta una actitud principal que nos equivocáramos completamente si consideramos que podemos ahora, una vez obtenidos los resultados, elidirla, como si su posición de principio careciera de importancia sobre su efecto.

Seguramente nosotros, analistas, somos capaces de introducir la cuestión de lo que, en este esfuerzo del conocimiento, estaba implicado de una posición de deseo. No haremos, tanto aquí como en otra parte, más que volver a hallar algo que no ha pasado desapercibido para la experiencia religiosa, la que, en tanto que ella puede indicarse a sí misma otros fines, ha individualizado este deseo como *deseo de saber, cupido sciendi*. Que nosotros le encontremos fundamentos más radicales bajo la forma de alguna pulsión ambivalente del tipo de la escotofilia, hasta incluso de la incorporación oral, ésa es cuestión en la que no hacemos más que añadir nuestra nota, pero hay una cosa cierta, es que, en todo caso, todo este desarrollo del conocimiento, con lo que comporta como soportando el peso de esas nociones implícitas de la función del objeto, es el hecho de una elección.

Toda instauración, toda introducción a la posición filosófica no ha dejado nunca, en el curso de los tiempos, de hacerse reconocer como siendo una posición de sacrificio de algo. Es en tanto que el sujeto entra en el orden de lo que se llama la búsqueda desinteresada — después de todo su fruto, la objetividad, nunca se ha definido de otro modo que como el alcance de cierta realidad en una perspectiva desinteresada — en la exclusión al menos de principio de cierta forma de deseo, es en esta perspectiva que se ha constituido la noción del objeto que nosotros reintroducimos porque sabemos lo que hacemos, porque ella está implícita en lo que hacemos cuando la reintroducimos, cuando suponemos que en toda nuestra investigación del deseo podemos — como virtual, como latente, como a rehallar, como a obtener — poner una correspondencia del objeto, como objeto naturalmente de lo que hemos explorado en la perspectiva del deseo.

Es por una confusión por lo tanto entre la noción del objeto tal como ha sido el fruto de la elaboración de los siglos en la búsqueda filosófica, el objeto que satisface el deseo del conocimiento, con lo que podemos esperar del objeto de todo deseo, que nos encontramos conducidos a plantear tan fácilmente la *correspondencia* de cierta constitución del objeto con cierta maduración de la pulsión.

Es oponiéndome a esto que yo trato de articular para ustedes de otra manera, y de una manera que pretendo más conforme a nuestra experiencia, a saber, permitirles aprehender a cada instante cuál es la verdadera articulación entre el deseo y lo que se llama en este caso su objeto. Es esto que yo llamo la articulación sincrónica, que trato de introducir junto a ustedes, de la relación del deseo con su objeto. Es la forma verdadera de la pretendida relación de objeto tal como es hasta aquí articulada para ustedes.

La fórmula simbólica  $\mathfrak{S}\diamond a$ , en tanto que es la que les permite dar su forma a lo que yo llamo *el fantasma* — yo lo llamo aquí *fundamental*, esto no quiere decir nada diferente, si no es en la perspectiva sincrónica que asegura la estructura mínima a lo que debe ser el soporte del deseo.

En esta estructura mínima, dos términos cuya relación del uno con el otro constituye el fantasma mismo, compleja en tanto que *es en una relación tercera con este fantasma que el sujeto se constituye como deseo*.

Tomamos hoy la perspectiva tercera de este fantasma haciendo pasar la asunción del sujeto por  $a$ , lo que es tan legítimo como hacerlo pasar por  $\mathfrak{S}$ , dado que es en la relación de confrontación con  $\mathfrak{S}\diamond a$  que se sostiene el deseo.

Ustedes ya me han escuchado articular las cosas bastante lejos para no estar, pienso, asombrados, desconcertados, ni sorprendidos, si adelanto que el objeto  $a$  se define ante todo como *el soporte que el sujeto se da en tanto que desfallece*.

Aquí, detengámonos un instante. Comencemos por decir algo aproximativo para que esto les hable, en el sentido, si puedo decir, que él *desfallece en su certeza de sujeto*. Y luego retomaré para decirlo ba-

jo otro término — hablando demasiado poco a la intuición para que yo no tenga temor de traerlo para ustedes primero — que es sin embargo el término exacto: en tanto que *desfallece en su designación de sujeto*.

Pues lo que está en cuestión reposa enteramente sobre lo que ocurre en tanto, les he dicho, que el sujeto tiene, como tal, ese deseo en el Otro. Es en tanto que en el Otro, en ese discurso del Otro que es el inconsciente, algo falta *{fait défaut}* al sujeto — volveremos a esto en seguida, volveremos a esto tantas veces como sea preciso, volveremos a esto hasta el fin — es en tanto que algo, por la estructura misma que instauro la relación del sujeto con el Otro en tanto que lugar de la palabra, algo en el nivel del Otro falta que permita al sujeto identificarse allí como precisamente el sujeto de ese discurso que él sostiene, algo que hace que el sujeto allí desaparezca como tal en tanto que ese discurso es el discurso del inconsciente, que el sujeto emplea para esa designación algo que está [precisamente] tomado a sus expensas — a sus expensas no de sujeto constituido en la palabra, sino de sujeto real, perfectamente vivo, es decir, de algo que por sí solo no es de ningún modo un sujeto — que el sujeto pagando el precio necesario para esa localización de sí mismo en tanto que desfalleciente es introducido en esa dimensión siempre presente cada vez que se trata del deseo, a saber, tener que pagar la castración.

Es decir que algo *real*, sobre lo cual tiene asidero en una *relación imaginaria*, es llevado a la pura y simple *función de significante*. Este es el sentido último, este es el sentido más profundo de *la castración* como tal. El hecho de que la castración esté interesada desde que se manifiesta de una manera clara el deseo como tal, ése es el descubrimiento esencial del freudismo, es la cosa que era hasta entonces desconocida, es la cosa que ha permitido darnos todo tipo de perspectivas y de apreciaciones históricas a las cuales se ha dado traducciones diversamente míticas, las cuales, ellas mismas, se ha tratado en seguida de reducir a términos de desarrollo.

La fecundidad en esta dimensión no ha sido dudosa. Ella no debe dispensarnos de buscar en la otra dimensión que ésta, diacrónica, es decir en la dimensión sincrónica, cuál es aquí la relación esencial que está interesada.

La relación que está interesada es ésta, a saber, que el sujeto pagando — trato aquí de ser lo más gráfico posible, no son siempre los términos más rigurosos que traigo — pagando con su persona, debe suplir a esa relación que es relación del sujeto con el significante, donde él no puede designarse, donde no puede nombrarse como sujeto. Interviene por esto cuyo análogo podemos encontrar en la función de ciertos símbolos del lenguaje, en tanto que los lingüistas los distinguen bajo el término de *shifter symbols* especialmente; he hecho alusión con esto al pronombre personal, en tanto que la noción simbólica, en el sistema lexical, hace que es algo que designa a aquel que habla cuando es el Yo {*Je*}.

Igualmente sobre el plano del inconsciente, *a*, que no es un símbolo, que es un elemento real del sujeto, *a* es lo que interviene para soportar ese momento, en el sentido sincrónico, donde el sujeto desfallece para designarse en el nivel de una instancia que, justamente, es la del deseo.

Yo sé lo que puede tener de fatigante para ustedes la gimnástica mental de una articulación llevada a este nivel. Igualmente no ilustraré, para darles algún reposo, más que ciertos términos que son los de nuestra experiencia concreta.

El *a*, he dicho que era el efecto de la castración. No he dicho que era el objeto de la castración. A este objeto de la castración nosotros lo llamamos *el falo*. El falo, ¿qué es? Hay que reconocer que en nuestra experiencia, cuando lo vemos aparecer en las falofanías, como yo decía la última vez, artificiales del análisis — es ahí también que el análisis se revela como habiendo sido una experiencia absolutamente única, original; en ninguna especie de alquimia terapéutica o no del pasado lo habíamos visto aparecer. En Jerónimo Bosco vemos montones de cosas, todo tipo de miembros dislocados, vemos el flato en el cual el Sr. Jones creyó que debía volver a hallar más tarde el prototipo de aquel [...], y ustedes saben que es nada menos que un flato oloroso. Nosotros encontramos todo esto expuesto sobre unas imágenes de lo más manifiestas — al falo, ¡ustedes pueden observar que no se lo ve a menudo!

Nosotros, lo vemos. Lo vemos y nos damos cuenta también de que no es tampoco muy fácil de designar como estando aquí o allá. Yo

no quiero hacer al respecto más que una referencia, la referencia por ejemplo a nuestra experiencia de la homosexualidad.

Nuestra experiencia de la homosexualidad se definió a partir del momento en que se comenzó a analizar a los homosexuales. Al principio no se los analizaba. El Profesor Freud nos dice, en los *Tres ensayos sobre la sexualidad*, que la homosexualidad masculina — él no puede en ese momento ir más lejos — se manifiesta por esa exigencia narcisística de que el objeto no podría estar desprovisto de ese atributo considerado por el sujeto como esencial.<sup>7</sup>

Comenzamos a analizar a los homosexuales. Les ruego que se remitan para ese momento a los trabajos de Boehm tales como comenzaron, hacia los años 29 hasta el 33 y más allá, a ordenarse. El fue uno de los primeros. Les señalo esto porque es muy ejemplar. Por otra parte he indicado la bibliografía de la homosexualidad cuando les hablé de la importancia de los artículos de [...]. El desarrollo del análisis nos muestra que la homosexualidad está muy lejos de ser una exigencia instintual primordial. Quiero decir identificable con una pura y simple fijación o desviación del instinto.

Vamos a encontrar en un segundo estadio que el falo, de cualquier manera que intervenga en el mecanismo de la homosexualidad, está muy lejos de ser el del objeto, que el falo del que se trata es un falo que se identifica quizá apresuradamente al falo paterno en tanto ese falo se encuentra en la vagina de la mujer. Y es porque está ahí que es temido, que el sujeto se encuentra llevado hasta los extremos, y a la homosexualidad.

He ahí por lo tanto un falo de un alcance muy diferente, de una función muy diferente, y con un lugar muy diferente que lo que habíamos visto al principio.

Esto no es todo. Tras habernos regocijado, si puedo decir, por tener esta liebre por las orejas, he aquí que proseguimos los análisis de los homosexuales, y que nos percatamos de que en el fondo — es ahí que me remito más especialmente a los trabajos de Boehm particular-

---

<sup>7</sup> Sigmund FREUD, *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), en *Obras Completas*, Volumen 7, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1978, pp. 131-132.

mente ilustrativos y confirmados por una experiencia muy abundante — la imagen que volvemos a encontrar en una fecha ulterior, en algunas estructuraciones analíticas de la homosexualidad, es una imagen que, para presentarse como el apéndice — nosotros lo atribuimos a una primera [creencia] en la mujer en tanto que no estaría todavía castrada — se muestra, al ser ceñida más en los detalles, como algo que es lo que se puede llamar la evaginación, la extraposición del interior de este órgano.

Que este fantasma, que justamente hemos encontrado en el sueño y que he analizado tan largamente para ustedes, cuyo análisis he retomado tan ampliamente ante ustedes, ese sueño de esa capucha vuelta del revés, de apéndice hecho de algo que es de alguna manera la exteriorización del interior,<sup>8</sup> es ahí algo que, en cierta perspectiva de investigación, se comprueba como el término imaginario último al cual el homosexual del cual se trata en ese caso — y los hay varios analizados por Boehm — se encuentra confrontado cuando se trata de mostrarle la dialéctica cotidiana de su deseo.

Qué quiere decir esto si no es que aquí el falo se presenta precisamente bajo una forma radical donde él es algo, en tanto que este algo está para mostrar en el exterior, lo que está en el interior imaginario del sujeto, que en último término no hay casi que sorprenderse por que cierta convergencia se establezca entre la función imaginaria de lo que está aquí, en lo imaginario, en postura de extraposición, de extirpación, casi desprendido, pero no todavía desprendido del interior del cuerpo, lo que se encuentra más naturalmente pudiendo ser llevado a la función de símbolo, sin por eso ser desprendido de su inserción radical, de lo que le hace sentir como una amenaza a la integridad de la imagen de sí.

Dada esta somera consideración, no quiero dejarlos ahí, pues no es esto lo que va a darles el sentido y la función de *a* en tanto que objeto en toda su generalidad. Les he dicho: el objeto en el fantasma, es decir en su forma más acabada en tanto que el sujeto es deseo, que el sujeto está por lo tanto en inminencia de esa relación castrativa, el objeto es lo que da a esta posición su *soporte*. Aquí yo quisiera mostrar-

---

<sup>8</sup> Cf. las clases 8-13 de este Seminario, sesiones del 14, 21 y 28 de enero, 4 y 11 de febrero, y 4 de marzo de 1959.

les en qué sincronía puede articularse esto. Yo subrayo *sincronía*, pues, también, la necesidad del discurso va forzosamente a darles al respecto una fórmula que será *diacrónica*. Es decir que ustedes van a poder confundir lo que voy a darles aquí con una génesis. No se trata sin embargo de nada de eso.

Lo que quiero indicarles por medio de las relaciones de letras que voy ahora a inscribir en el pizarrón, es algo que nos permite situar en su lugar este *a* que es este objeto en su relación con el sujeto como en presencia de la castración inminente, en una relación que provisoriamente llamaré relación de rescate de esta posición, puesto que también me es preciso acentuar lo que quiero decir al hablar de relación de soporte.

¿Cómo se engendra esta relación sincrónica? Es lo siguiente. Si partimos de la posición subjetiva más original, la de la demanda tal como la encontramos al nivel del esquema ilustrado, como la ilustración, el ejemplo manifiesto en el comportamiento que nos permite captar en su esencia cómo el sujeto se constituye en tanto que entra en el significante, la relación es la siguiente:<sup>9</sup>

A	D
$S^t$	$\emptyset$
$\mathcal{A}$	S
<i>a</i>	$\mathcal{S}$
$A'$	
$A''$	
$A'''$	

A	D
$S^t$	$\emptyset$
$\mathcal{A}$	S
<i>a</i>	$\mathcal{S}$
$a'$	
$a''$	
$a'''$	

va a establecerse en el muy simple algoritmo que es el de la división. Está esencialmente constituido por esta barra vertical, la barra hori-

---

<sup>9</sup> El cuadro de la izquierda proviene de **GAO** y **AFI**, el de la derecha proviene de **STF**. Los escasos comentarios de Lacan no me permiten decidir.

zontal estando en este caso adjunta pero no teniendo nada de esencial puesto que se puede repetirla en cada nivel.

Digamos que es en tanto que es introducida por la relación más primordial del sujeto, la relación del Otro, en tanto que lugar de la palabra, con la demanda, que se instituye la dialéctica cuyo residuo va a aportarnos la posición de *a*, el objeto.

Se los he dicho, por el hecho de que es en términos de alternativa significativa que se articula primordialmente — en el punto de partida del proceso que es éste, lo que nos interesa — que se articula primordialmente la necesidad del sujeto, que se instaura todo lo que en lo que sigue va a estructurar esa relación del sujeto con él mismo que se llama el deseo.

El Otro, en tanto que es aquí alguien real pero que es interpelado en la demanda, se encuentra en postura de hacer pasar esta demanda, cualquiera que sea, a otro valor que es el de *la demanda de amor* como tal, en tanto ésta se refiere pura y simplemente a la alternativa presencia-ausencia.

Y yo no he podido dejar de quedar sorprendido, tocado, incluso conmovido, por encontrar en los *Sonetos* de Shakespeare, literalmente, este término “presencia-ausencia”, en el momento en que se trata para él de expresar la relación del amor, con un guión.<sup>10</sup>

He aquí por lo tanto al sujeto constituido en tanto que el Otro es un personaje real, como siendo aquél por el cual la demanda misma ha cambiado de significación, como siendo aquél por quien la demanda del sujeto deviene otra cosa que lo que ella demanda especialmente, a saber la satisfacción de una necesidad. *No hay* — éste es un principio que tenemos que mantener como principio de siempre — *sujeto más que para un sujeto*. Es en tanto que el Otro ha sido planteado primordialmente como aquél que, en presencia de la demanda, puede o no puede jugar cierto juego, es en tanto que, ya como término de una tragedia, el Otro está instaurado como sujeto. En consecuencia, es a par-

---

<sup>10</sup> William SHAKESPEARE, *Sonetos*, en *Poesía Completa*, Edición Bilingüe, Ediciones 29, Barcelona, 1977.

tir de ese momento que la introducción del sujeto, del individuo en el significante toma función de subjetivarlo.

Es en tanto que el Otro es un sujeto como tal que el sujeto, en ese momento, se instaura y puede instituirse él mismo como sujeto, que se establece en ese momento esa nueva relación con el Otro por la cual él tiene, en este Otro, que hacerse reconocer como sujeto. Ya no como demanda, tampoco como amor, sino como sujeto.

No crean que estoy en el camino de atribuir aquí a no sé qué larva todas las dimensiones de la meditación filosófica. No se trata de esto. Pero no se trata de esto como oculto tampoco. Se trata de esto bajo una forma bien concreta y bien real, a saber algo por lo cual toda especie de función y de funcionamiento del Otro en lo real, como respondiendo a su demanda, aquello en lo cual esto tiene que encontrar su garantía, la verdad de ese comportamiento cualquiera que sea, es decir precisamente algo que está en el fondo concreto de la noción de verdad, como inter-subjetividad, a saber lo que da su sentido pleno al término de *truth*, en inglés, que es empleado simplemente para expresar la Verdad con una V mayúscula, pero también lo que nosotros llamamos en una descomposición del lenguaje que resulta ser lo propio de un sistema lenguajero, la fe en la palabra. En otros términos, aquello en lo cual se puede contar con el Otro.

Es de esto que se trata cuando yo les digo que *no hay Otro del Otro*. ¿Qué es lo que quiere decir esto si no es justamente esto de que ningún significante existe que garantice la serie concreta de ninguna manifestación de significantes? Es ahí que se introduce este término que se manifiesta en esto de que en el nivel del Otro, algo se manifiesta como un garante ante la presión de la demanda del sujeto ante lo cual algo se realiza ante todo y primordialmente de esta falta por relación a la cual el sujeto tendrá que situarse. Esta falta {*manque*}, obsérvenlo, se produce en el nivel del Otro en tanto que lugar de la palabra, no en el nivel del Otro en tanto que real. Pero nada de real del lado del Otro puede allí suplir, si no es por medio de una serie de adiciones que no serán jamás agotadas pero que yo pongo al margen, a saber \*el **A** en tanto que Otro\*<sup>11</sup>, en tanto que se manifestará al sujeto en todo el

---

<sup>11</sup> Así en **JL**, **GAO** y **AFI**, mientras que en **STF**: \*el *a* o el *a'* en tanto que *otro\**, lo que da una perspectiva en relación a la diferencia entre los cuadros de la p. 19.

curso de su existencia por dones o por rechazos, pero que no se situará nunca más que al margen de esta falta fundamental que se encuentra como tal en el nivel del significante.

El sujeto será interesado históricamente por todas esas experiencias con el Otro, el Otro maternal en este caso. Pero nada de esto podrá agotar la falta que existe en el nivel del significante como tal, en el nivel donde es a ese nivel que el sujeto tiene que situarse para constituirse como sujeto, en el nivel del Otro.

Es ahí que, en tanto que él mismo se encuentra marcado por este desfallecimiento, por esta no-garantía en el nivel de la verdad del Otro, tendrá que instituir algo que ya hemos tratado de aproximar hace un momento bajo la forma de su génesis, algo que es *a*; algo que se encuentra sometido a esta condición de expresar su tensión última, la que es *el resto*, la que es *el residuo*, la que está al margen de todas esas demandas y que ninguna de esas demandas puede agotar; algo que está destinado como tal a representar una falta y a representarla con una tensión real del sujeto.

Esto es, si puedo decir, el hueso de la función del objeto en el deseo. Es lo que viene como rescate del hecho de que el sujeto no puede situarse en el deseo sin castrarse, dicho de otro modo sin perder lo más esencial de su vida. Y es también aquello alrededor de lo cual se sitúa esa forma, una de las más ejemplares del deseo, la que ya las palabras de Simone Weill les proponían como esto: “Si se supiera lo que el avaro encierra en su cofrecito se sabría, dice ella, mucho sobre el deseo”.<sup>12</sup>

Por supuesto, es justamente para guardar su vida que el avaro — y ésta es una dimensión esencial, obsérvenlo — encierra en algo, en un recinto, *a*, el objeto de su deseo; y de lo que ustedes van a ver que por este hecho mismo este objeto resulta un objeto mortificado; es en tanto que lo que está en el cofrecito está fuera del circuito de la vida, está sustraído de ella y conservado como siendo la sombra de nada, que es el objeto del avaro. Y también aquí se sanciona la fórmula

---

<sup>12</sup> Simone WEIL, *La Pesanteur et la Grâce*, Paris, Plon, 1988, Chap. «Désirer sans objet», p. 32: “Llegar a saber exactamente lo que ha perdido el avaro a quien se ha robado su tesoro; se aprendería mucho”.

de que “quien quiere guardar su vida, la pierde”<sup>13</sup>. Pero esto no quiere decir tan rápido que aquel que consiente en perderla la vuelve a hallar así, directamente.

Dónde la vuelve a hallar, es lo que trataremos de ver en lo que sigue. Seguramente no es uno de los menores premios del camino que hemos recorrido hoy, hacernos ver que el camino en el que se compromete para volver a hallarla va a presentarle en todo caso lo que él consiente en perder — a saber, el falo. Si ha hecho, lo hemos indicado como una etapa necesaria, su duelo en un momento, no puede percibirlo, considerarlo más que como un objeto oculto.

Que el término del *a* en tanto que término opaco, en tanto que término oscuro, en tanto que término que participa de un nada {rien} al cual se reduce, es más allá de ese *nada* que va a buscar la sombra de su vida al comienzo perdida — este relieve del funcionamiento del deseo que nos muestra que esto no es solamente el objeto primitivo de la impresión primordial, en una perspectiva genética, que es el objeto perdido a rehallar. Que es de la naturaleza misma del deseo constituir el objeto en esta dialéctica, es eso lo que nosotros retomaremos la próxima vez.

establecimiento del texto,  
traducción y notas:  
**RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

para circulación interna  
de la  
**ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**

5-04-10

---

<sup>13</sup> Cf. JUVENAL: *Et propter vitam vivendi perdere causas.*

**FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 20ª SESIÓN DEL SEMINARIO**

- **JL** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, Séminaire 1958-1959. Lo que Lacan hablaba era recogido por una taquígrafa, luego decodificado y dactilografiado, y el texto volvía a Lacan, quien a veces lo revisaba y corregía. De dicho texto se hacían copias en papel carbónico y luego fotocopias. La versión dactilografiada que utilizamos como fuente para esta *Versión Crítica* se encuentra en la Biblioteca de la Escuela Freudiana de Buenos Aires con el código: C-255/1 y en <http://www.ecole-lacanienne.net/index.php3>, página web de *l'école lacanienne de psychanalyse*. Se trata de una fuente de muy mala calidad (fotocopia borrosa, sobreenotada, etc.).
- **GAO** — Jacques LACAN, Séminaire VI – *Le désir et son interprétation*, version rue CB (version du secrétariat de J Lacan déposée à Copy86, 86 rue Claude Bernard 75005), en <http://gaogoa.free.fr/Seminaire.htm>
- **AFI** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, Séminaire 1958-1959, Publication hors commerce. Document interne à l'Association freudienne internationale et destinée à ses membres, Paris, Juillet 1996.
- **STF** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, 1958-1959. Esta versión tuvo como fuentes principales las denominadas **JL**, **GAO** y tres fascículos en el formato “tesis universitaria”; en <http://staferla.free.fr/>
- **JBP** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, compte rendu de Jean-Bertrand PONTALIS de las lecciones del 12, 19, 26 de noviembre, 3, 10, 17 de diciembre de 1958, 7 de enero de 1959, publicado en el *Bulletin de Psychologie*, tome XIII/5, n° 171, 5 janvier 1960, pp. 263-72 y tome XIII/6, n° 172, 20 janvier 1960, pp.329-35, Groupe d'Études de Psychologie de l'Université de Paris. Este texto se encuentra también como Annexe VI de la versión de Michel Roussan de: Jacques LACAN, *L'identification*, séminaire IX, 1961-1962.
- **NV** — Jacques LACAN, *El deseo y su interpretación*, Transcripción de J. B. Pontalis, traducción de Oscar Masotta, en Jacques LACAN, *Las formaciones del inconsciente*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1976, pp. 125-173.

## La relación entre la formación de perversión y el desarrollo del juicio de realidad

Edward Glover

*(\*) Expandido de un trabajo distribuido antes del XII Congreso Psicoanalítico Internacional, Wiesbaden, 7 de septiembre de 1932. Publicado en idioma original en "The International Journal of Psychoanalysis". Vol. XIV (Octubre de 1933). Publicado como Apéndice en "Las Adicciones: Sus fundamentos clínicos" de Héctor López (Buenos Aires: Editorial Lazos; 2007. – págs 161-185) - Traducción: Maximiliano Antonietti.*

Los términos de "realidad", "juicio de realidad" y "prueba de realidad" son utilizados frecuentemente en la literatura psicoanalítica, pero muy raramente definidos. No existe por regla una objeción seria para esta práctica, pero cuando los términos son en sí mismos la cuestión principal de la investigación, algunas definiciones preliminares son inevitables. Existe, por supuesto, cierto riesgo en dar por supuesta una declaración muy rígida: sin embargo, propongo adoptar en esta ocasión la dirección menos usual que consiste en definir provisionalmente estos términos antes de someterlos a la investigación.

De este modo:

- 1) El juicio de realidad es una facultad cuya existencia inferimos a partir de examinar el proceso de la prueba de realidad.
- 2) La prueba de realidad eficiente, para cualquier sujeto que haya pasado la edad de la pubertad, es la capacidad de retener contacto psíquico con los objetos que promueven la gratificación del instinto, incluyendo aquí los impulsos infantiles modificados y residuales.
- 3) La objetividad es la capacidad de evaluar correctamente la relación del impulso instintual con el objeto instintual, sean cuáles sean, puedan ser o serán, los fines del impulso.

La naturaleza del juicio de realidad ha sido muy estudiada desde tres diferentes puntos de vista. El primero puede ser estudiado en el clásico trabajo de Ferenczi sobre el tema (1). Este trabajo de Ferenczi se basa en las inferencias extraídas de (a) un estudio del comportamiento de niños y (b) el conocimiento de los mecanismos mentales observados en los análisis de adultos. Las conclusiones a las que arribé son muy proclives a requerir recapitulación, pero cabe señalar que desde el punto de vista sistemático su presentación está incompleta en los siguientes aspectos. Con la excepción de la "etapa de omnipotencia incondicional", que él relaciona con la fase oral del desarrollo, no se nos da ninguna indicación precisa de la naturaleza o la complejidad de los sistemas de deseo comprendidos. Nuevamente, describe una serie de relaciones (en su mayoría reacciones), con el mundo de los objetos, pero no da la correspondiente descripción de la naturaleza de los objetos instintuales concernidos. Esta omisión fue parcialmente rectificada luego por Abraham, quien describe las series del desarrollo como series evolutivas de los objetos

libidinales incluyendo un número de objetos parciales. Desde entonces, ninguna correlación sistemática ha sido intentada.

Desde el punto de vista de la presente investigación es interesante señalar el esfuerzo de Ferenczi por correlacionar sus etapas del juicio de realidad con los fenómenos psicopatológicos adultos. Particularmente, asocié ciertas manifestaciones obsesivas con “fases mágicas” del desarrollo del yo. La importancia teórica de esta correlación fue considerable. Implica una marcada disparidad entre la regresión del yo y la regresión libidinal en las neurosis obsesivas. En otras palabras, el ego del neurótico obsesivo reacciona como en las primeras etapas del desarrollo del yo, mientras que, según el común acuerdo, la fijación libidinal del neurótico obsesivo corresponde a una fijación (sádico-anal) mucho más tardía. Si el orden de las etapas de la realidad sugerido por Ferenczi es exacto, estrictamente hablando deberíamos haber encontrado la neurosis obsesiva durante la primera infancia. Recientemente, la mirada de Melanie Klein teniendo en cuenta la aparición de características obsesivas y en algunas oportunidades de neurosis obsesivas típicas durante la primera infancia —aspectos que yo mismo he podido confirmar no sólo en varios casos de adultos sino en la anamnesis diagnóstica de muchos niños— alcanza y sobra para confirmar las conclusiones de Ferenczi en relación con la profunda regresión del ego. En efecto, si hubiéramos prestado más atención a esta temprana correlación habríamos anticipado estos descubrimientos muchos años antes. Aun así, de ninguna manera la dificultad sobreviene en virtud de que la fase de la reacción mágica que Ferenczi describe como correspondiente a la técnica obsesiva deba igualmente existir en las etapas oral y anal primera, cuando hasta donde yo sé las reacciones obsesivas son raramente observadas. Ferenczi mismo estuvo evidentemente atento a la discrepancia porque sugirió que el caso obsesivo hace una regresión parcial a esta temprana fase del ego. No considero que esta mirada sea muy plausible. Nunca me ha sido posible observar un caso de regresión de un ego que haya sido herido y que no haya activado inconcientemente el sistema libidinal correspondiente a la fase de desarrollo del ego (2).

La segunda línea de investigación está asociada al nombre de Federn (3). Por medio de un análisis cuidadoso de la subjetividad tanto como las introspecciones documentadas, en particular varios grados de despersonalización, alienación, etc. Ha intentado establecer los límites del ego narcisista. Desde aquí podemos deducir, hasta cierto grado, el orden de reconocimiento del objeto y su valor. Por ejemplo, considera la variación del sentimiento corporal del ego como un síntoma comprobable de la regresión del ego, e intenta una correlación de los límites del ego en las neurosis de transferencia, psicosis y sueños. Un estudio más detallado de estos límites y regresiones del ego podrían seguramente ayudarnos a llegar a alguna idea de los sistemas de realidad en boga en las diferentes fases del desarrollo. La verdadera dificultad pareciera ser que el concepto de narcisismo generalmente

aceptado entre psicoanalistas es un tanto rígido. Este término realmente da por supuesto los límites del ego y los objetos.

El tercer y más reciente abordaje fue estimulado por el trabajo de Melanie Klein (4) en el psicoanálisis de niños. Aquí nuevamente tenemos que lidiar, vémosla con inferencias, pero con inferencias extraídas de análisis actuales de niños que dejan atrás la infancia. Consecuentemente tenemos el primer intento detallado de describir en términos concretos las etapas en las cuales se logra una relación estable con la realidad, las características de los contenidos mentales de estas etapas, y la relación de estas etapas con las formaciones psicóticas y neuróticas. Klein enfatiza (a) la importancia de los mecanismos tempranos de la introyección y proyección, (h) la importancia de la ansiedad como instigador (desencadenante) de la defensa, (c) la importancia de los impulsos sádicos en la inducción de la ansiedad, y (d) la expansión gradual del juicio de realidad y de la capacidad para objetivar, como el resultado del conflicto entre un arbitrario y un superego casi igualmente irrealista.

Tomando en cuenta lo anterior y otros trabajos recientes (5), se vuelve claro que las etapas en el desarrollo del juicio de realidad no deben ser consideradas aisladamente en términos de impulso u objeto, sino que deben ser referidas a etapas de dominio de la ansiedad, en donde el rol del impulso destructivo y libidinal es alternante. Tarde o temprano, por supuesto, la definición de la prueba de realidad debe ser en los términos más simples posibles del Instinto y sus objetos. He formulado tal definición. Pero la demarcación de las etapas no puede ser llevada a cabo sin un apropiado entendimiento de los sistemas de las fantasías primarias y de los mecanismos para enfrentar las ansiedades que estos sistemas despiertan. Desde el punto de vista del adulto, los sistemas de realidad de los bebés y los niños son claramente fantásticos, como una consecuencia necesaria del tipo de mecanismos mentales que predominan durante las etapas infantiles, es decir, introyección, proyección, etc.

Secundariamente, cualquiera sea lo que el análisis de niños pueda establecer en lo concerniente al contenido mental del cual podemos inferir las etapas del desarrollo del juicio de realidad, esto debe tener una relación con el orden de la experiencia perceptual del mundo exterior. Esto involucra no sólo un número más grande de análisis de niños sino un nuevo estudio comportamentalista completo de la infancia. Particularmente, se necesita una investigación más detallada de la naturaleza, el orden y la dispersión de los desarrollos tempranos de ansiedad. Por este término no me refiero a las comúnmente llamadas "fobias de la primera infancia" (por ejemplo: miedo a la oscuridad, a los extraños, o a estar solo), a las cuales, hasta ahora, nuestra atención estuvo consagrada casi exclusivamente a causa de nuestra preocupación por los antecedentes de la ansiedad de castración. Sobre todo, las fobias menores requieren sistematización. No están señalizadas por las evidentes reacciones de ansiedad, sino por maniobras intrusivas, como inmovilización transitoria, pérdida de atención, somnolencia repentina, disminución de la actividad de

juego, o en la versión opuesta, concentración de la atención combinada con una leve impaciencia, juego incrementado, etc. Como he sugerido, los más tempranos desplazamientos de interés hacia los objetos instintuales inmediatos son estimulados por ansiedades de todo tipo. Además estos desplazamientos son gobernados por el simbolismo, un proceso que es en parte responsable de su, en apariencia, orden ilógico. Sin embargo, existe una verdadera razón para creer que la frecuencia y el orden en la presentación de las percepciones externas desempeñan su parte en el enfoque de las ansiedades infantiles como en la formación de las fobias de los adultos. Cuanto más una fobia adulta se enlaza a objetos o situaciones "inusuales", tanto más exitosa es: es más ventajoso sufrir de una fobia a los tigres en Londres que en la selva india. Lo que ya sabemos del instinto infantil nos llevará a suponer que, factores simbólicos aparte, el interés del niño debería irradiarse desde su propio cuerpo (en particular las zonas oral, gástrica y respiratoria, en otras palabras, cosas interiores) hacia la comida, los órganos y lo relativo a la comida; desde la piel (particularmente las zonas de saliencias e invaginaciones) hacia sus propias ropas y las ropas de los objetos externos; desde las zonas excretorias, órganos y contenidos (nuevamente casi exclusivamente cosas internas) hacia la parafernalia excretoria y las áreas excretorias de los objetos externos, finalmente hacia los contactos no excretorios, como los olores, colores, ruidos y gustos; desde el cuerpo y las ropas en general hacia la cuna, la cama, la pieza, los muebles, cortinas, los objetos colgantes, sombras; desde la presencia de los objetos instintuales hacia la ausencia intermitente, desaparición o posibilidad de desprenderse de ciertos "objetos". De este modo, a través de la experiencia de la presencia y ausencia del pezón (pecho, cuerpo, madre), establece un criterio de interés sobre los objetos movibles y en movimiento que llegan al alcance sensorial del niño en su cuna (ropa, juguetes, etc.). Pero no sólo los objetos concretos sino las sombras que se mueven en la pared, rayos de sol, sonidos y olores recurrentes. En este sentido, las experiencias perceptuales son clasificadas como experiencias instintuales, pero el factor de recurrencia no puede ser ignorado. El estímulo esporádico puede ser ignorado a menos que su intensidad sea tal que provoque ansiedad. Las impresiones recurrentes proveen las más tempranas avenidas del desplazamiento. En otras palabras, podemos inferir que las etapas del juicio de realidad combinan un orden instintual, un orden simbólico (en apariencia ilógico) y un orden perceptual natural. El orden en apariencia ilógico del interés infantil y el interés en general, de algún modo, no se debe aisladamente al factor de que la represión ha convertido un interés primario o un desplazamiento de interés en un simbolismo. Tan importante como el simbolismo, no debemos negar la ceguera y la carencia de *Einfühlung* (6) (sentimiento) y la ansiedad inconsciente del observador del comportamiento, como el resultado de la imposición de un orden perceptual de interés adulto sobre el orden natural del niño, donde lo normal es erróneamente considerado para el niño (7).

A la espera de investigaciones analíticas y comportamentalistas más precisas sobre los niños, podemos con ventajas revisar las posibilidades que nos dan los estudios sobre los' Debernos admitir que nuestro interés en la psicopatología del adulto ha sido muy especializada y circunscripta. Nos hemos dedicado tan exclusivamente a la etiología de la neurosis o psicosis individual, que las relaciones de éstas con el orden social o las anormalidades sexuales han sido en comparación negadas. No hay dificultad en imaginar que los datos psicopatológicos pueden estar tan acomodados como para darnos un reflejo distorsionado del desarrollo normal. Solamente esto implica una clasificación más sistemática y detallada de lo que hasta ahora se ha intentado. Un tiempo atrás he intentado esbozar tal clasificación (8). Incluyendo un número de anormalidades caracterológicas, fue posible ordenar series de desarrollo paralelo en acuerdo con la predominancia respectiva de la introyección prinitiva y los mecanismos de proyección primitivos. También fue posible disminuir la brecha entre neurosis y psicosis a partir de la interpolación no sólo de la psicosis borderline sino de estados transitorios como la adicción a las drogas. De este modo, situaré el término medio de la adicción a las drogas como transitorio, entre las paranoias y las formaciones de carácter obsesivo. La razón de esto es que en las drogadicciones los mecanismos proyectivos están más localizados y desfigurados que en las paranoias, más acentuados todavía que en los desórdenes obsesivos. En las drogadicciones los mecanismos proyectivos se encuentran enfocados (localizados) en las drogas nocivas: en los estados obsesivos la necesidad de proyección es disminuida por la existencia de una forma de reacción restitutiva.

Pero aunque estas correlaciones son necesarias y poco delineadas, emerge una cuestión a partir de un estudio de las formaciones transitorias como la drogadicción (9). Se ha vuelto claro que localizando los sistemas paranoicos en la droga nociva, el drogadicto es capaz de preservar su juicio de realidad (le las perturbaciones mayores de la psicosis. A causa de que no tenemos todavía una terminología adecuada para describir las etapas de realidad, es difícil expresar esto más precisamente. Tomando prestado, de algún modo, la terminología parcial y sobresimplificada de las primacías libidinales podemos alcanzar la siguiente posición: puesto que el paranoico regresa a un sistema de realidad oral-anal, el drogadicto regresa al punto donde el infante se encuentra dejando atrás este sistema de realidad oral-anal. En otras palabras, hasta este punto el mundo externo ha representado una combinación de una carnicería, un lavatorio público bajo fuego y una sala de velorios. El drogadicto transforma esto en una más tranquilizadora y fascinante farmacia, en la cual, de algún modo, la vitrina de los venenos está sin llave. Habiendo de esta forma reducido los peligros paranoicos del mundo inmediato, el niño (o el adicto) gana un poco de espacio para mirar por la ventana (evalúa la realidad objetiva).

Esta observación es la primera que dirigió mi atención a la posibilidad de reconstruir el desarrollo del juicio de realidad únicamente a partir de los datos psicopatológicos del adulto.

En primer lugar, era obvio que entre las adicciones a las drogas había un orden aparente de complejidad, que sumado a las diferencias pronósticas, sugería un orden definitivo de regresión. Entonces, si existía un orden definitivo de regresión dentro del grupo de las adicciones, presumiblemente las etapas en el desarrollo del juicio de realidad correspondiente a las adicciones era igualmente complicado. No puede haber duda sobre las diferencias estructurales en los hábitos del uso de drogas. No solamente existen adicciones de tipo melancólico sino también del tipo paranoico, pero resulta claro a partir del examen del material de las fantasías que los diferentes componentes instintivos son los responsables de algunas de las variaciones clínicas. Aquí habíamos encontrado un obstáculo difícil de vencer: estábamos acostumbrados a considerar los componentes instintivos infantiles como tendencias innatas que no tienen un orden particular de prioridad y que llevan una existencia autónoma dentro de los límites del narcisismo primitivo. Parecía no haber otra alternativa más que considerar la posibilidad de un orden natural entre los componentes del estímulo similar al orden de primacía de las zonas erógenas.

El estudio de las adicciones a las drogas sacó a la luz otro problema en la clasificación que también tenía cierta relación con el desarrollo del juicio de realidad, es decir: la significación de las formaciones perversas y los fenómenos fetichistas que tan comúnmente acompañan los hábitos del uso de drogas. Sin duda, influidos por los pronunciamientos de Freud sobre el tema, en particular su visión de que las neurosis son el negativo de la perversión, he tenido dificultades en darle un lugar a las perversiones en una clasificación sistemática de los estados psicopatológicos. En un principio me pareció indicado acomodar las psicosis y las neurosis en una única serie de desarrollo, y luego interpolar las perversiones en puntos diferentes de la secuencia principal. De este modo, empezando con las psicosis, tomé a las adicciones como un tipo transitorio, para introducir, tiempo después, las perversiones polimorfas más primitivas, continuar con las neurosis obsesivas, introducir aquí las perversiones fetichistas y homosexuales, y por último, las histerias, inhibiciones sexuales y ansiedades sociales. Pero aparecieron muchas razones por las cuales este orden no pudo ser mantenido. En particular, la experiencia de los análisis de las perversiones homosexuales, neurosis obsesivas y estados psicóticos evidencian directa e indirectamente un orden de regresión o de desarrollo mucho más complicado. Puede ser frecuentemente observado que durante las crisis psicóticas ocurridas en algunos pacientes en análisis, se desarrollan formaciones perversas transitorias de tipo estándar. Durante el análisis de un estado esquizoide hasta las capas superficiales de lo que es considerado una perversión homosexual activa, uno de mis pacientes estuvo sujeto a un severo trauma de amor heterosexual. El resultado inmediato no sólo fue un fortalecimiento de los rasgos esquizofrénicos, sino una regresión de la formación homosexual activa en primer lugar, a una Eise pasiva y luego a un ceremonial excretorio polimorfo con ambos componentes activos y pasivos pero sin ninguna experiencia táctil. El rasgo obvio en esta regresión, fue el

debilitamiento de relaciones de objeto verdaderas en favor de relaciones de objeto parcial. En el ceremonial excretorio el "objeto completo" nunca era visto, mucho menos tocado. Menos obvio en principio, fue el hecho de que esos ceremoniales actuados como una protección contra las ansiedades indujeran los sistemas esquizofrénicos. En otras palabras, ayudan a mantener el juicio de realidad del paciente en algún grado. Los ceremoniales perversos no eran constantes: se alternaban con fases de depresión esquizofrénica. Entre los ceremoniales se volvió marcadamente esquizofrénico: su Juicio de realidad había sufrido una disminución extrema.

Algunos detalles adicionales pueden ilustrar este punto más claramente. Las propuestas heterosexuales del paciente incluían algunos gestos lúdicos de estrangulamiento: su forma estandarizada de interés homosexual, se concentraba principalmente en la zona de las nalgas e incluía un muy alto grado de idealización, particularmente del ano (10). La precipitada regresión implicaba la visita a un baño (especialmente luego de una comida a solas) llevada a cabo con sentimientos mezclados de culpa y ansiedad, con fascinación y una gran certeza temporaria de tener una serie de exposiciones anales activas y pasivas a través de un agujero en un tabique. El contacto se limitaba estrictamente a pasar sugestivas notas de invitación a través del agujero por el que espiaba: la persona en cuestión nunca era reconocida. Además la más leve sospecha de agresión rompía el hechizo.

Por ejemplo, pasar trozos de papel higiénico sucios o mojados a través del agujero o sobre el tabique, implicaba una inmediata y aterradora reacción de huida. Esta ceremonia de cubículo (compartimento) era seguida de una fase breve en la cual eran practicadas exposiciones urinarias. El rito urinario era abandonado por el grado de contacto con los objetos reconocibles y por la presencia de un número de otros espectadores neutrales (potencialmente sospechosos) en los baños públicos.

Estas no son en sí mismas formas excepcionales de ritos: su especial interés está en el hecho de que el ceremonial funcionaba como una regresión a una técnica previamente desconocida. En otros casos la forma más primitiva de ritual, es aparente o practicada en una forma modificada como parte de una relación homosexual más desarrollada con objetos completos, pero se vuelve acentuada por regresión. Un paciente dividía sus relaciones homosexuales en un grupo amistoso con o sin conexión genito-anal y en un grupo extremadamente erótico caracterizado por violentos sentimientos hostiles y una violenta acción erótica hacia el objeto quien era pensado simplemente como uno o más órganos agrupados por una masa indiferenciada de tejido conectivo. Cuando ocurre la regresión, las relaciones homosexuales más desarrolladas desaparecieron por un tiempo, dando lugar al ceremonial completo del lavatorio. En este caso, el agujero por el cual el paciente espiaba también reducía el cuerpo del objeto a las dimensiones de una parte del objeto. Cuando un sombrero u otra parte de las ropas eran vistas, el hechizo inmediatamente

se rompía. Esto estaba obviamente determinado por el simbolismo de las ropas, pero la racionalización del paciente era interesante, es decir: eso era muy parecido a una persona real. Estos sistemas de cubículo (compartimento) tienen cierto parecido con ciertos tipos de masturbación, por ejemplo, cuando el sujeto visita un museo arqueológico y tiene un orgasmo sin erección contemplando fragmentos de estatuas, el torso, la cabeza o las manos. En otros casos melancólicos y esquizoides frecuentemente he observado que la salida de la depresión con el correspondiente incremento del juicio de realidad era precedido por un torrente de fantasías sadomasoquistas primitivas. Frecuentemente estos pacientes intentan apartar sus fantasías hacia relaciones genito sexuales adultas. Pero en todos los casos los intentos fallan o son insatisfactorios, en cuyo caso encuentran un notable impulso hacia la formación de perversión. Esto puede tomar una forma aloerótica o una forma autoerótica. Como un ejemplo de esto último, quisiera citar un caso de una depresiva quien pasó a través de una fase transitoria en la que concurría a un baño público donde se desnudaba, defecaba y orinaba en el lavatorio y jugaba con las sustancias con un sentimiento mezcla de ansiedad y adoración. Durante esta fase la depresión actual desaparecía. Para abreviar, aunque he sostenido mucho tiempo que las relaciones homosexuales ordinariamente sistematizadas constituyen un sistema defensivo y reconstitutivo que protege tanto contra las ansiedades primero, como luego contra las ansiedades puramente genito-sexuales, creo que en la mayoría de los casos el enlace no es directo, sino que existe un sistema de perversión más profundo (reprimido y entonces no se discierne directamente como una perversión), que se corresponde más apropiadamente con el sistema de ansiedad original. Creo que esto debe ser descubierto antes de que un contacto adecuado pueda establecerse con el sistema de ansiedad reprimido. Desde el punto de vista terapéutico, creo que de algún modo esta tendencia a la regresión en la formación de perversión no debe exceder una formación transitoria, y posiblemente puede ser reducida por la interpretación de las fantasías perversas reprimidas.

Más curiosa aún es la estabilización de las relaciones de realidad que pueden ser efectuadas por los intereses fetichistas transitorios. Previamente he presentado un caso (11) en el cual un neurótico obsesivo pasa a través de una fase de adicción a las drogas, cuya finalización fue señalizada por una regresión paranoica transitoria. Durante la recuperación de la fase paranoica, fue observada una formación fetichista temporaria. Esto evidentemente funcionaba como un sustituto de la reacción paranoica a la realidad. Habiendo localizado la ansiedad en un grupo aún simbólico de órganos del cuerpo (piernas) y habiéndolo contrarrestado por un proceso de libidinización (formación del fetiche) el paciente fue capaz de restablecer las relaciones de realidad.

Tomando estos hechos en consideración, el problema de relacionar las perversiones con las psicosis, neurosis y otras anomalías sociales y sexuales se simplifica hasta cierto punto. Pareciera ser que no sólo las

perversiones muestran series ordenadas de diferenciaciones que toman en consideración el fin y la completud del objeto, sino que este orden de desarrollo corre en forma paralela con el orden de desarrollo de la psicosis, estados transitorios, neurosis e inhibiciones sociales. Esto evita la necesidad de interpolar a las perversiones en una serie clasificatoria de la psicosis y la neurosis. Es simplemente necesario reconocer o descubrir los elementos de las series paralelas. Siguiendo más ampliamente estas ideas puede parecer plausible que las olas de la libidinización y la verdadera formación de síntoma sean ambas exageraciones de los modos normales de superar la ansiedad, obteniendo además una interconexión o alternancia compensatoria o proecóva. El problema principal puede ser formulado de este modo: ¿Las perversiones forman series de desarrollo reflejando las etapas de la superación de la ansiedad generada por el propio cuerpo o por los objetos externos a través de una libidinización excesiva? Y como corolario de esto, ¿las perversiones ayudan no sólo a preservar el juicio de realidad en otras divisiones de la psique, sino que indican el orden en el cual el juicio de realidad se desarrolla?

Los argumentos en favor del intento de reasegurarse a través de una libidinización excesiva, no han sido seriamente discutidos (véase, por ejemplo, las observaciones de Freud (12) sobre la relación etiológica del odio en la homosexualidad). Los argumentos en contra de las series de desarrollo son principalmente: (a) la concepción polimórfica de la sexualidad infantil, (b) la generalización de que la neurosis es el negativo de la perversión. Como el primer punto refiere, ya he indicado que el término polimorfo aunque es suficientemente apropiado en un sentido general descriptivo en comparación con el impulso genital, es muy vago para los propósitos actuales. Ya estamos más completamente informados en cuanto al desarrollo ordenado del impulso infantil durante los primeros cinco años, y mientras el estudio de los niños se vuelve más preciso, el término "polimorfo" se vuelve superfluo. En cuanto al segundo punto: esta generalización, es decir, que la neurosis es el negativo de la perversión, es todavía profundamente verdadera pero en un sentido estrictamente limitado. Es completamente apropiado para aquellas perversiones y fetiches que corren en paralelo a sus propias neurosis, por ejemplo, un fetiche guante y una manía de lavarse las manos con antiséptico. Pero debemos agregar ahora que ciertas perversiones son el negativo de ciertas formaciones psicóticas y ciertas otras el negativo de ciertas psicosis transitorias. En efecto, siguiendo a Ferenczi (13) y considerando los cuadros clínicos mezclados de psicosis, perversión y neurosis que uno tan frecuentemente observa, es valioso preguntarse si la perversión no es en muchos casos el reverso de una formación sintomática o la secuela o el antecedente de un síntoma que según el caso puede ser un artefacto profiláctico o curativo.

Una dificultad más amplia se encuentra en el temprano pronunciamiento de Freud (14) de que las perversiones no se forman directamente desde los componentes impulsivos, sino que los componentes en cuestión deben haber

sido rechazados de la fase edípica. Desde el momento en que este pronunciamiento se refirió a una fase edípica estereotipada que ocurre entre los tres y los cinco años de edad, prácticamente paralizó la diferenciación etiológica, como atestigua el libro de texto de Fenichel (15), en el cual la etiología de las perversiones es de alguna manera monótonamente descrita en los términos de la ansiedad de castración. Pero desde que Freud (16) ha sancionado un uso amplio del término Edipo, estamos más libres para considerar un elemento cronológico en la formación de perversión. Aún así, la idea de apoyarnos en la formación de perversión siempre estuvo indicada. Sachs (17) avanzó en esta forma de ver basándose en que la represión era un proceso serial. Rank (18) también consideró que el grupo de las perversiones tenía diferentes capas de evolución en relación a los sistemas o localidades psíquicas correspondientes, pero limitó su generalización estableciendo que el perverso queda fijado a la etapa anterior al deseo de un niño, sugiriendo que la inhibición del perverso está directamente especificada en contra de la libido reproductiva. Ambos escritores consideran que el factor determinante es el libidinal y la ansiedad que lo acompaña como ansiedad de castración. La única objeción seria a la clasificación de las perversiones fue realizada por Fenichel. El no cree que sea viable producir una clasificación similar a la de las neurosis, en acuerdo con la profunda regresión y la naturaleza de las relaciones de objeto. Esto, él dice, se debe a que en las perversiones está ausente el elemento de distorsión que caracteriza a las neurosis y las vuelve dóciles a la clasificación. Otra razón para esta objeción ha sido indicada anteriormente. Si Lino estudia las secciones de su libro dedicadas a la etiología, descubrirá que no importa cual sea la naturaleza de la perversión, la fórmula etiológica sugerida por el autor nunca varía. Invariablemente él refiere la formación de perversión a la ansiedad de castración asociada con la situación edípica clásica. Clínicamente hablando, este es un estado insatisfactorio de la cuestión. Sugiero que las dificultades en la clasificación se deben más bien a la naturaleza incompleta de nuestras investigaciones. En todo caso las diferencias clínicas en las perversiones son tan notables como las diferencias en la distorsión neurótica.

Ahora me parece que Rank estuvo más cerca de la solución del problema cuando dijo que el sadismo, teniendo en cuenta que llega tan lejos como para excluir la culpa, era el verdadero modelo de la perversión. Sugiero que en la historia del sadismo o más bien de los impulsos agresivos y destructivos tenemos una guía de la etiología y el orden de la formación de perversión. La historia libidinal, es cierto, da el contenido positivo y manifiesto de la formación. Pero aparte de esto, la función principal de contribución libidinal es protectora. Sachs mismo indicó la relación de las perversiones y la formación de las fobias: pero no aplicó esta mirada lógicamente a toda la historia infantil. Se restringió a las fobias de castración, negando con esto las fobias infantiles más primitivas. La importancia del estudio de las perversiones en relación con el juicio de realidad es que las perversiones representan intentos periódicos de protección contra la introyección común y las ansiedades proyectivas a través de un

proceso de libidinización excesiva. En algunos casos la libidinización se dirige hacia aquellas partes del cuerpo (tanto del sujeto como del objeto) que se hallan amenazadas en el sistema de fantasía inconciente: en otras, el mecanismo de desplazamiento introduce un elemento adicional de defensa y disfraz. En otras, nuevamente, es un modo de gratificación que es más libidinizado que los objetos que se cree que están en peligro en la fantasía. En todos los casos, de algún modo, existe cierto grado de interferencia con la función genito-sexual adulta. En otras palabras, las perversiones ayudan a preservar el monto de juicio de realidad ya alcanzado, aunque a largo plazo representan un sacrificio de libertad en la función libidinal adulta, teniendo en cuenta que la neurosis a menudo admite un grado de libertad de la función libidinal adulta a costo de alguna inhibición en las relaciones de realidad y las psicosis frecuentemente muestran una aparente libertad de la función libidinal adulta acompañada de importantes perturbaciones del juicio de realidad.

Para resumir: si aplicamos los hallazgos de Melanie Klein considerando la historia temprana del sadismo infantil y tenemos presente lo que el psicoanálisis en general nos ha enseñado en lo concerniente al dominio del sadismo por introyección, proyección y otros mecanismos inconcientes, estamos en condiciones de postular unas series de situaciones de ansiedad que se encuentran en continuo cambio (en lo relativo al desarrollo). Situaciones que pueden sobrecargarse, dando lugar a una fase de formación de síntoma o formación de perversión. Esta generalización puede ser aprovechada en el estudio del juicio de realidad y su desarrollo. Como Klein señaló, las relaciones de realidad estables no pueden ser establecidas hasta que las ansiedades primitivas hayan sido dominadas. Esta es la más verdadera de las facultades de la objetividad. En otras palabras, el juicio de realidad depende de la emancipación de los sistemas de percepción del cuerpo y el medio ambiente respecto de la interferencia excesiva, a través de mecanismos proyectivos e introyectivos. Esta emancipación ocurre en un orden definido, que provisionalmente sugiero, son las zonas u órganos corporales, la comida, el vestido y las materias expelidas pertenecientes al self a los objetos instintuales.

El curso de los hechos puede ser descrito de algún modo de la siguiente manera: como un resultado de los procesos alternados de introyección y proyección, llevados a cabo a partir de la frustración del instinto, la relación del niño con lo que el observador adulto podría llamar realidad objetiva, se vuelve distorsionada e irreal. Sin embargo, el niño durante esta fase tiene una realidad objetiva primitiva por su cuenta. En primer lugar tiene contacto psíquico no sólo con los objetos provistos por los toscos instintos de defensa del self sino con los objetos que realmente amenazan la preservación del self (peligros externos reales, daños y agresión). En segundo lugar, el niño tiene contacto con esa parte de la realidad que gratifica algunas necesidades de amor. Este pequeño enclave de realidad infantil objetiva está abrumado por productos deformados del miedo. Una de las curas primitivas para esta deformación es el proceso de libidinización. La libidinización cancela o deja en suspenso algunos de los

sistemas de miedo irreal y lo logra neutralizando el sadismo. Este proceso es reforzado prontamente por algunas formas de represión. El resultado es que el núcleo original de realidad infantil puede ser desenredado de la masa de reacciones irreales. Este sistema de libidinización nunca es realmente abandonado, aunque sus más dramáticos efectos son observados justo antes de que la represión se vuelva masiva. La realidad objetiva adulta es un residuo de este proceso. Una vez rescatada, la realidad objetiva infantil se expande a través de los recursos auxiliares del desplazamiento y la sublimación hasta los límites de las necesidades e intereses adultos. Únicamente cuando el sadismo es adecuadamente neutralizado, la sublimación puede proceder y siguiendo la vía del simbolismo, agregarse a nuestros contactos de realidad. La realidad objetiva adulta, aparte de la conservación del self es algo que reconocemos en la herencia de la infancia, algo de lo cual mantenemos posesión y que se expande luego de que haya pasado a través de pantallas del miedo, libidinización y sublimación. En algunos aspectos es verdaderamente un residuo, una mirada que se mantiene en el hecho de que los adultos son de muchas maneras menos objetivos que los niños. Esta herencia expandida o funciones de residuo son en sumo grado una garantía de la ausencia del miedo. Está manifiestamente limitado en acuerdo con el alcance del interés individual más el alcance del interés de los individuos que amamos u odiarnos.

Cuando por alguna causa, alguna forma de ansiedad infantil es reanimada o exacerbada en la vida adulta, una de las muchas maneras de enfrentarse a esta crisis es el reforzamiento de los sistemas primitivos de libidinización. Esto da lugar a lo que llamamos perversión. Estoy de acuerdo con la señora Searl (19) en que la sublimación sólo puede ser exitosa si la realidad provista no está muy altamente libidinizada, que de hecho significa que el problema del sadismo ha sido resuelto. De ninguna manera esto contradice la opinión de que una localizada libidinización excesiva (por ejemplo: una perversión) puede preservar una relación con la realidad en un área más extensa, a partir de sacrificar algunas relaciones con la realidad, algunas sublimaciones y algunas funciones genitales adultas. Las perversiones ayudan a remendar los defectos en el desarrollo del juicio de realidad. Por esta razón las perversiones más primitivas son en algunos aspectos más compulsivas que las perversiones homosexuales avanzadas. Son curas más apropiadas para las viejas ansiedades. El inconveniente de las perversiones primitivas es que están más cerca del nacimiento de la ansiedad. La homosexualidad ordinaria reasegura principalmente contra los objetos completos, no respecto a los primitivos objetos parciales. El aparente incremento gradual en la capacidad de la libido para reasegurar es, a mi entender, más aparente que real. O quizás sea más apropiado decir una relación con objetos de amor reales, aunque indudablemente un gran origen del reaseguro es una cura menos apropiada para las ansiedades primitivas que el amor primitivo de los objetos parciales. Aquí tenemos una justificación teórica para la opinión de Melanie Klein (20) de que bajo circunstancias favorables, las experiencias sexuales infantiles

promueven el desarrollo de la realidad. Pero debemos aceptar también la conclusión de que tales experiencias, de naturaleza activa o pasiva, accidentales o buscadas de antemano, promueven el desarrollo de la realidad sólo en la medida en que funcionan como perversiones infantiles.

He indicado las líneas a lo largo de las cuales el material psicopatológico adulto puede ser investigado para descubrir las etapas del desarrollo del juicio de realidad. Aparte de este particular interés, creo que el intento es valioso únicamente para reducir las confusas consideraciones existentes en la clasificación de los desórdenes mentales. Queda por indicar cuáles son las líneas de investigación más productivas y cuáles son los obstáculos más serios para progresar. Como anteriormente fue considerado, estoy de alguna manera influido por la circunstancia accidental de que mi propio material proviene del grupo de los estados transitorios, perversiones y neurosis obsesivas. Y aunque estoy obligado a prestar mi acuerdo a que el estudio analítico de, por ejemplo, los estereotipos de esquizofrenia, ni qué hablar de las llamadas fobias histéricas, demostrará que esta conexión es inestimable, estoy inclinado a creer que obtendremos un mejor sentido de perspectiva si empezamos por el punto donde las psicosis transitorias, las perversiones y las neurosis obsesivas se encuentran. En efecto, tengo la impresión de que las aproximaciones más productivas para el estudio del juicio de realidad se encuentran en el estudio del fetichismo, incluyendo aquí los fetiches narcisistas en los cuales partes del cuerpo o de ropa del paciente proveen gratificación. En el fetichismo existe un grado de localización del interés y de estereotipia del desplazamiento que promete dar información más exacta sobre los sistemas de ansiedades tempranas, que la información que nos proveen las ramificaciones promedio de la perversión. Freud (21) mismo ha señalado que la denegación de la ansiedad efectuada por el fetichismo es similar a la denegación psicótica de la realidad. Y Lorand (22) ha comentado el raudo desarrollo intelectual exhibido en uno de estos casos.

He usado el término fetiche narcisista con renuencia. Por un lado, creo que lo que llamamos “narcisismo erótico” es un compuesto de verdaderas actividades autoeróticas y relaciones aloeróticas ocultas con objetos parciales. Nuevamente el término masturbación es notoriamente insatisfactorio. Lo mismo puede aplicarse a términos descriptivos tales como travestismo. Muchos de los fenómenos que he observado pueden ser considerados descriptivamente como a medio camino entre travestismo y masturbación. Aún sostengo que son fetichistas en principio, de la misma manera que muchas otras de las llamadas actividades sexuales espontáneas de la infancia son también —en principio— perversiones.

Compárese, por ejemplo, a continuación, los dos sistemas observados en un caso. El individuo en cuestión tenía un fetiche simple de piano, que equivale a decir que el contacto con un piano de cierto tipo (con una funda nueva y brillante) le inducía excitación sexual y orgasmo, con o sin manipulación

manual. Después de esto, el mismo piano gradualmente perdía su efecto estimulador. Un piano rayado o descolorido o una funda “apolillada” era un tabú. Por otro lado, siempre que el paciente se vestía con ropa nueva, en especial cuando adquiría un traje nuevo, desarrollaba una erección que duraba al menos doce horas, que a veces terminaba en un orgasmo. Durante este período estaba en un estado de felicidad extrema. Otro caso combinaba un fetiche de automóvil, que perdía efecto en cuanto el automóvil era salpicado con barro o los tapizados eran manchados con grasa, con la excitación masturbatoria sobre sus propios zapatos cuando eran nuevos, y mientras que su brillo original se preservara intacto. En ambos casos la aparente manifestación autoerótica correspondía estrictamente al sistema objetal.

Los ejemplos que he dado pueden servir para ilustrar uno de los tantos obstáculos para la investigación en este tema: el hecho de que términos como “narcisismo”, “autoerotismo”, “impulso componente”, “perverso polimorfo”, etc., al estar en cierto grado gastados por el uso han perdido su utilidad. Deben ser sustituidos a tiempo por términos extraídos del estudio de los fenómenos de introyección. Deberíamos ser capaces de decir exactamente qué etapa de introyección de los objetos parciales se oculta en cualquier forma de autoerotismo.

Una segunda dificultad sale a la luz a través del estudio del fetichismo, es decir, el hecho de que las neurosis obsesivas están inadecuadamente subdivididas o clasificadas. Ya he descrito un caso de neurosis obsesiva en el cual un interés fetichista transitorio ayuda a abandonar la convalecencia de una fase paranoide. Y frecuentemente he observado que los casos de adicción a las drogas desarrollan (durante la abstinencia) síntomas obsesivos transitorios poco localizados en acción. He descrito algunas de estas reacciones obsesivas como “fenómenos fetichistas negativos”. Muchas fobias de contaminación localizadas, con o sin manías de lavado, son de este tipo y pueden alternar con un interés erótico en las mismas partes del cuerpo.

Refiriéndome a la etiología del fetichismo, escribí en un trabajo anterior: “Quizás dos formulaciones groseras están permitidas: a) que en la transición entre los sistemas paranoides y una reacción normal a la realidad, la drogadicción (y posteriormente el fetichismo) representa no sólo continuaciones del sistema de ansiedad dentro de un alcance limitado, sino los comienzos de un sistema de reaseguro expansivo. El reaseguro es ocasionado por las contribuciones de las etapas libidinales tardías de la infancia que contienen un monto reducido de sadismo; b) que el vestido en general es, luego de la comida, la línea siguiente de defensa para vencer las reacciones paranoides a la realidad. Parece razonable suponer que los primeros sistemas paranoides del niño se ligan a la comida, que esas ansiedades son modificadas no sólo por la aparición de impulsos menos sádicos sino también por un esfuerzo determinado de desplazar la ansiedad. En este desplazamiento. La ropa juega su parte. Cuando secundariamente el desplazamiento induce reacciones hacia

las ropas de los objetos externos, la fundación del clásico fetiche está instalada. Por eso, cuando la ansiedad es excesiva el resultado es un fetiche sexual típico o una forma negativa, es decir, una fobia de contaminación” (23).

Finalmente, un estudio de la etiología del fetichismo da lugar a lo que es quizás uno de los más importantes obstáculos inmediatos para el entendimiento del desarrollo de la realidad, es decir, la carencia de información sistematizada sobre la naturaleza exacta de la fase oral del desarrollo. Las primeras formulaciones etiológicas relativas al fetichismo han señalado factores fálicos, escotofílicos y sádicos: posteriormente la importancia del falo imaginado de la madre fue enfatizado en forma creciente. Aún más recientemente la significación de otros elementos ha sido forzada. Freud mismo ha remarcado que el fetiche elegido puede no ser necesariamente un símbolo común del pene, y sabemos a partir del trabajo de Ella Sharpe (24) y otros, que esto se debe a la contribución de elementos pregenitales, por ejemplo el sadismo oral. Esta nueva orientación sigue de cerca y está en relación a la expansión que realiza Melanie Klein de la segunda etapa oral para incluir el interés genuinamente fálico edípico. Pero cuanto más universal encontramos a tales factores, menos útiles son en la diferenciación etiológica. Sin realizar una única observación analítica, uno puede asumir con seguridad de los datos comportamentalistas que la primera fase del desarrollo infantil debe ser predominantemente oral. Hasta la existencia del interés fálico durante la fase oral bien puede haber sido inferido sin análisis. En cuanto los análisis más confirman la importancia de estos tempranos intereses fálicos, tanto más gente resulta subdividir las etapas orales y considerar qué parte juegan durante lo que llamamos ahora la primera etapa oral, las otras importantes zonas erógenas y los componentes impulsivos, en particular el erotismo respiratorio, gástrico, muscular, anal y urinario. No es suficiente para establecer los contornos del desarrollo en términos de fases. Es necesaria una diferenciación más detallada antes de que podamos proveer a esta fórmula enológica con la existencia de las variaciones clínicas que los desórdenes mentales demandan.

#### NOTAS:

(1) Sandor Ferenczi: “Stages in the development of the sense of reality”, in Contributions to Psycho-analysis, 1916.

(2) He omitido un trabajo tardío de Ferenczi [Sandor Ferenczi: “The problem of acceptance of unpleasent ideas”, in Further Contributions to the theory and technique of Psycho-Analysis, 1926] en el cual enfatiza la importancia de la ambivalencia y la defusión del instinto, llevando a cabo la aceptación de ideas concretas. Sugiere también la necesidad de una refusión del instinto para efectuar la objetividad. Aparte de la referencia a la etapa oral, no da ninguna secuencia de hechos de orden clínico.

(3) Paul Federn: “Some variations in Ego-feeling”, in This Journal, 1926, VII, pág. 434.

(4) Melanie Klein: “The psycho-analysis of children”, in Hogart Press and Institute of Psycho-analysis 1932.

(5) Melitta Schmideberg; "The role of Psychotic Mechanisms in Cultural Development", in This Journal, 1930, vol. XI, p. 387; "The psychology of Persecutory Ideas and delusions", in Zur Psychoanalyse asozialer Kinder und Jendlicher, in International Zeitschrift of Psychoanalyse, 1932; Nina Searl: "Danger situations of immature Ego", "The Flight to reality", "A note on despersonalisation" y "The roles of Ego and libido in development", in This Journal, 1929.

(6) En alemán en el original.

(7) Este interés en un nuevo estudio comportamentalista no está solamente basado en la necesidad de datos clínicos adicionales. Preparará el campo para una discusión fresca de la vieja controversia que considera los factores endopsíquicos y externos en el desarrollo o en la enfermedad. Las tendencias modernas en psicoanálisis han girado alrededor de teorías de experiencias traumáticas del medioambiente y pareciera ser que las contribuciones recientes del análisis de niños refuerza estas conclusiones muy fuertemente. En un sentido verdadero: las ideas de las experiencias genito-sexuales traumáticas en la infancia deben ser repensadas porque ahora son consideradas como una ocasión que ejerce una influencia favorable en el desarrollo (Melanie Klein "The Psychoanalysis of children", in Hogarth press and Institute of Psychoanalysis, 1932). Pero su lugar ha sido tomado por otras. La significación de las experiencias de enema como representando un ataque violento de la madre real en el cuerpo actual del niño, ha sido ahora evaluada más adecuadamente. Pero esta investigación no puede terminar aquí. Para el niño con un erotismo respiratorio reforzado y sadismo, la violenta expulsión del aire es un ataque sádico (Searl: "The psychology of Screaming", in This Journal, 1933, vol. XIV, p. 193). En consecuencia, se sigue de esto que cuando los padres o enfermeras tosen o estornudan lo están haciendo o se—duciendo. Cuando el niño envuelve a sus enemigos con la oscuridad destructiva del simple hecho de cerrar sus ojos, es natural que cuando la madre cierra las cortinas de la pieza sea considerado esto como un ataque. No hay dificultades para observar que los niños reaccionan con miedo a estos acontecimientos tan comunes. Y el mismo argumento puede aplicarse a las hipótesis de la escena primaria. Si puede haber pensado como los padres copulan con su respiración, la conversación de los padres puede bajo ciertas circunstancias ser la escena primaria. Resumiendo, no hemos resuelto aún el problema del estímulo interno y externo. Estamos meramente bajo la obligación de investigarlo en un nivel más temprano y en términos más primitivos.

(8) Edward Glover: "A Psycho-analytic approach to the classification of Mental Disorders", in Journal of Mental Science, October 1932.

(9) Edward Glover: "On the etiology of Drug addiction", in This Journal, 1932, vol. XIII.

(10) Me ha impresionado fuertemente la combinación del reaseguro y la función escénica de la idealización en este y en muchos otros casos. Me parece que es mucho menos de lo que habíamos pensado, una simple derivación del impulso de meta inhibida exagerada para los propósitos de la

defensa, Las formas mas urgentes de idealización (en su mayoría en forma simbólica) ocurren en los tipos psicóticos: esquizoides y ciclotímicos.

(11) *Ibíd.*

(12) Sigmund Freud: "Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad", en Obras completas, Amorrortu editores, Buenos Aires, vol. XVIII, 1990.

(13) Sandor Ferenczi: "The nosology of male homosexuality", in Contributions to Psycho-analysis, 1916.

(14) Sigmund Freud: "Pegan a un niño", en Obras completas, Amorrortu editores, Buenos Aires, vol. XVII, 1990.

(15) Otto Fenichel "Perversionen, Psychosen, charaktertorungen" in Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1931

(16) Sigmund Freud: "Sexualidad femenina", en Obras Completas, Amorrortu editores, Buenos Aires, vol. XXI, 1990.

(17) Hanns Sachs: "Zur genese der perversionen", in Internationale Zeitschrift fur Psychoanalyse, Band IX, 1923.

(18) Otto Rank: "Perversion und neurose", in internationale Zeitschrift fur Psychoanalyse, Band VIII, 1922.

(19) Nina Searl: "The psychology of screaming", This Journal 1933.

(20) *Ibíd.* Pág 3.

(21) Sigmund Freud: "Fetichismo", en Obras completas, Amorrortu editores, Buenos Aires, vol. XXI, 1990.

(22) Sandor Lorand: "Fetichism in statu nascendi", in This Journal, vol. XI, 1930, p. 419.

(23) Edward Glover: Op. Cit.

(24) Ella Sharpe: Lecture on Fetichism and art", in British Psycho-analytic Society, November 18, 1931.